GLORIAS DEL ALMA STRONGUISTA.

Hace 4 días que uno de mis contactos en el Facebook compartió conmigo una foto del extinto periódico Ultima Hora, en la cual Antonio Vidal Gonzales, otrora gran delantero nuestro, posaba para la posteridad con un niño rubio, ambos vistiendo la casaca aurinegra. No era otro que Alejandro Chumacero, todoterreno de nuestro mediocampo actual.  Ver a Vidal es ver a alguien reconvertido en su estructura afectiva gracias a la garra centenaria (envidiada por el actual presidente de la Liga, que no pudiendo derrotarla en cancha, se enzarzó contra ella en los tribunales), al igual que Cristaldo. Ambos vinieron del frente, pero se quedaron para siempre con nuestros colores.

Stronguista uno nace, es cierto, pero también, como todo lo bueno en la vida, se hace y se construye. Y mientras uno va avanzando en ella, existen nuevas obligaciones y nuevos desafíos. Ya sea por circunstancias laborales, familiares, decisiones personales o falta de dinero, el hincha que se hizo desde niño o se construyó a partir de la posibilidad de una pertenencia genuina, no puede viajar a ver a su equipo, si bien antes sí lo hizo. La radio y en algunas ocasiones la TV, son las encargadas de transmitir la consecución de la gloria, la gloria del alma stronguista para ostentarla en nuestro invicto pendón.

Tengo el recuerdo de la transmisión radial del 4 a 3 al Emelec del Ecuador, con un golazo de Sergio Luna. Estaba en la ducha, parado como si estuviera al borde del campo. El empate frente a Oriente en Santa Cruz en 1993, que nos permitiría alzar nuevamente una copa de campeón. Estaba en el corredor de mi casa, con mis playmóbiles. A través de la televisión, en 2003, el gol de Coelho ante Blooming. Estaba en mi casa, viendo el partido con un amigo, los dos solos jugándonos la vida; el gol de Sandro contra San Lorenzo, de penal, por la Sudamericana de ese año (donde dejamos eliminado al campeón defensor, ergo, Derribador de Campeones). Estaba en un boliche de la ciudad de La Paz, mi primer partido que mis padres me dejaron ir a verlo fuera.

El partido revancha de la Sudamericana de 2005, derrotando al clásico rival y accediendo a jugar con la Liga de Quito. Estaba en Cochabamba, exponiendo en un congreso. Vi el partido en el Prado y junto con un puñado de hinchas nos acuotamos a 15 bolivianos cada uno para que una banda toque “Negra Samba”.  El mismo año, en mi casa con mi hermano, vimos los tres zarpazos del Tigre en Ecuador, en la victoria de un equipo nacional más memorable de la historia.

Hace unos días, con mi padre en un café de la ciudad, entre agua tranquilizadora y con el puño apretado, festejando la presencia del equipo en una nueva final.

Si usted recuerda casi exactamente lo que estaba haciendo, las personas con las que usted estaba, incluso la hora del evento, está usted ejecutando una capacidad de la memoria que la Psicología reconoce con el nombre de memoria vívida. Recordar sucesos que introdujeron un nuevo contenido afectivo en nuestra particular forma de ser y estar en el mundo, cuyo mayor efecto es el cambiar la vida de las personas. Lo vivieron nuestros abuelos cuando el Apolo 11 llegó a la luna; lo vivieron nuestros padres en episodios cruentos de las dictaduras. Salvando las distancias, lo vivimos nosotros cuando aparece un adolescente repartiendo papel periódico teñido de amarillo en  la preferencia, o cuando un grupo de señoras adultas mayores combaten el frío y la lluvia sosteniendo en sus manos peluches de tigre, o cuando un par de hermanitos se abrazan luego del gol de Marcelo Carballo contra San José. Lo invito a que recuerde las glorias de su propia alma stronguista.